

Literatura

Lecturas a diez mil pies

MARC CAELLAS

Los aviones son lugares ideales para una lectura placentera. Una vez superado el despeque, en el que acostumbro a dormir una breve siesta, y tras constatar que el señor sentado a mi lado no va a ceder ni un milímetro de espacio para que apoye mi brazo, es hora de abrir el libro seleccionado para este preciso viaje. Es el caso de 'La barrera del sonido' (Tusquets, 2019), de Juan Trejo. Es el vuelo AV19 de Avianca, Barcelona-Bogotá, seguramente el vuelo

que tomé más veces en mi vida. La elección no es casual. Fue en Bogotá donde coincidí con Trejo hace unos años, y fue allí donde empecé a quererlo. Sí, lo digo ya, esto no es una crítica imparcial, objetiva o académica. Aquí vamos a dar fe del subidón afectivo que se fue apoderando de mi piel a medida que pasaba páginas y páginas a diez mil pies de altura.

Para empezar, me reconocí en el afán del joven Trejo por ver mundo. Yo también padecí el ansia, el afán de reinventarme, de ir a vivir a otras ciudades para encontrar "una personalidad que debía formalizarse precisamente en la interrelación con lo que sucedía en el exterior". Me reconocí en la Vallcarca de fines de los setenta que retrata. En mi caso fue la Rambla Volart, en el Guinardó, el escenario de mis primeros es-

carceos con el espacio público. La mirada de Trejo no es la del que añora una época que ya no volverá sino de la del que asiste como espectador emancipado a la transición entre una ciudad de vecinos a otra de usurpadores. Su decepción con Lisboa es comparable a la mía con París. Su momento revelador en Cádiz lo conecto con uno que recuerdo tuve en un parque de Londres. Unos años después que Trejo asumiera la enseñanza de todo un premio Nobel "Al final todos debemos dejar el hogar, todos debemos abandonar a nuestras madres", yo también entendí a golpes de despecho que una joven inglesa rechazara salir con el inmaduro estudiante de Erasmus que por primera vez vivía fuera del nido materno.

New York, lo sabemos, es una ciudad que todos creemos conocer puesto que la hemos visto, y la vemos, constantemente en películas, series o libros. Sin embar-

go Trejo consigue captar el espíritu de la ciudad desde la intimidad del Youth Hostel donde se aloja con su novia, donde entiende la imperiosa necesidad de intimidad que padecemos a menudo, la imperiosa necesidad de mirarnos a los ojos y reconocernos. En otro capítulo revelador, el profesor de secundaria Juan Trejo se lleva a sus alumnos a Berlín porque sabe que "los alumnos recibirían una buena dosis de datos históricos, de detalles económicos, de arte antiguo y contemporáneo a través del proceso que mejor vehicula la adquisición del conocimiento: el paseo". Reconocerse y pasear, dos ejercicios necesarios.

Está en lo cierto Trejo cuando asegura que es difícil que entendamos o expliquemos nuestras propias emociones sin vincularlas a un referente musical o audiovisual.

Reescribir el pasado nos permite cambiar el futuro

Es como si ya no pudiéramos sincerarnos sin hipervínculos. Las conversaciones de pareja no tienen densidad sin una cuenta activa de Spotify o Soundcloud. Se lo explica Susan Sontag: "La efusión de interpretaciones del arte envenena hoy nuestras sensibilidades, tanto como los gases de los automóviles y de la industria pesada enrarecen la atmósfera urbana. En una cultura cuyo ya clásico dilema es la hipertrofia del inte-

lecto a expensas de la energía y la capacidad sensorial, la interpretación es la venganza que se toma el intelecto sobre el arte".

Y si de Sontag hablamos, recomiendo la lectura de 'La entrevista completa de Rolling Stone', de Johnnatan Cott, publicada por Alpha Decay. Es una magnífica conversación donde la inteligencia brota como las palmeras en el trópico. Sontag habla de la importancia del silencio como herramienta para conocerse, de la importancia de desvincular el amor de la dependencia y la esclavitud emocional, de la necesidad de que cada vez haya más personas libres, y de la actitud centrada del que, en partidas trucadas, decide no jugar.

"Hay un concepto activo de neutralidad que la gente no entiende. La neutralidad trascendental no tiene nada que ver con "no tomar partido"; es compasión. Es ver algo más que lo que separa a la gente o a los bandos".

Susan Sontag escribió en sus diarios tempranos que el escritor debe ser cuatro personas: 1) el loco, 2) el tarado, 3) el estilista, 4) el crítico. El 1 suministra el material; el 2 permite que aflore; el 3 es el gusto; el 4 es la inteligencia. Un gran escritor es los cuatro, pero puedes ser un buen escritor con 1 y 2 solamente. Yo creo que Juan Trejo tiene un poco de los cuatro. Para muestra su análisis de las esculturas de Louise Bourgeois, que lo llevan a la familia, o su ausencia, que es finalmente el tema de casi todo lo que nos perturba y nos pone en conflicto con la idea que tenemos sobre nosotros mismos. Escribe Trejo: "sus obras logran transmitir, fundidos como una sola y única cosa, el rechazo y la protección, la rotundidad y la inconsistencia. Madres. Familias. Nidos. Aversión y dependencia".

No estoy tan seguro de que la verdad tenga la estructura de la ficción. Sí creo que reescribir el pasado nos permite cambiar el futuro. El lenguaje tiene ese po-

Lecturas



La barrera del sonido

Juan Trejo
Tusquets, 2019



Susan Sontag La entrevista completa de Rolling Stone

Johnnatan Cott,
Alpha Decay, 2019

der y la obsesión de los escritores por domarlo es en muchos casos una obsesión, como le cuenta el colombiano Mario Mendoza en las alturas bogotanas.

Leo la última página con la satisfacción del viajero. 'La barrera del sonido' es un libro de viajes no porque recoge las crónicas de un hombre de mediana edad que tras darse unas vueltas por el mundo, luego vuelve y lo cuenta. No. Es literatura de viajes por la calidad y la profundidad del relato, por cómo se narra lo que se hizo con todas esas experiencias acumuladas. Es un libro de viajes físicos y viajes sensoriales, de viajes por toda la red de relaciones "reales" y ficticias que arman el puzzle de lo que somos, seres desvalidos a la búsqueda de afecto. Esa es la verdad que nuestros cuerpos sensibles buscan y que nos permiten justificar una existencia tantas veces incomprensible.

Novela



Manifestación en París en contra del atentado del 7 de enero de 2015.

FOTO: AFP

El después del "yo soy Charlie"

Philippe Lançon, superviviente del ataque terrorista del 7 de enero de 2015 en Charlie Hebdo -París-, relata el proceso de metamorfosis física, moral y personal vivido desde entonces en un libro a medio camino entre el dietario, la crónica y el ensayo.

Título: El colgajo

Autor: Philippe Lançon
Editorial: Anagrama
Precio: 21,90€

ALAN SALVADÓ

No es azaroso que Kafka y Proust aparezcan a menudo a lo largo de las páginas de 'El colgajo'. El libro del periodista del diario 'Libération' y colaborador de 'Charlie Hebdo', Philippe Lançon, relata una lenta "metamorfosis" —el doloroso proceso de reconstrucción de su rostro desfigurado— en paralelo a una "búsqueda de un tiempo perdido" —el pasado anterior al atentado como la única huella de un yo que ya no existe ni existirá jamás—. El Lançon de antes de la masacre y el Lançon de después son dos personas distintas. El agujero negro en el rostro —producido por una bala perdida— no solo es la manifestación física de este cambio sino también la figuración del túnel a través del cuál se adentra el ser humano cuando es testigo en primera persona de la barbarie. De ahí que el libro se inicie con el recuerdo de la noche anterior al atentado, como un primer gesto de reconstrucción de un naufragio, donde las horas antes de caer en el infierno son la única y vaga certificación de una vida anterior que parece haber sido vivida por otro. La estremecedora crónica de Lançon es todo lo contrario de los relatos de superación. El autor deja de lado la virtud del esfuerzo

y la lucha contra el dolor para focalizarse en el relato del nacimiento de una nueva mirada a la realidad, una vez se ha estado muerto durante unos minutos eternos. Una mirada que empieza a construirse entre las cuatro paredes de una aséptica habitación de hospital mediante la ayuda de múltiples rostros de enfermeras, doctores y, especialmente, la cirujana, que de pronto se convierten en el núcleo más íntimo y vital de Lançon. El cuerpo, y sus liturgias de cuidado, como único mundo existente que cohabita con el recuerdo de situaciones profesionales y personales vividas que adquieren otro sentido bajo esta nueva mirada. Así, por ejemplo, la experiencia de corresponsal en Bagdad en los años 90 se revela en el presente, como si a miles de kilómetros de distancia, en París, hubiera tenido continuidad aquello que durante más de veinte años había permanecido fuera de campo. Esta yuxtaposición de tiempos explica también la transformación de las relaciones afectivas de Lançon con su familia, sus amigos, su pareja y exparejas. En esta nueva vida ligada a cosas tan banales como la buena colocación de los apósitos alrededor de la herida o al recorrido diario del pasillo del hospital, gente que permanecía lejos del autor se vuelve más cercana y necesaria al mismo tiempo que otra se aleja de forma inexorable. El atentado no solo transforma a Philippe Lançon sino también a todo el microcosmos que lo rodeaba. Mientras el mundo exterior era Charlie, Lançon se convertía en otro.

Narrativa

El eterno conflicto entre deseo y realidad

Con su cuarta novela, el autor recupera el espíritu de la juventud para enfrentar el mundo

Título: Conquistar el cielo

Autor: Paolo Giordano
Editorial: Ediciones Salamandra
Precio: 19,95 €

ANA PUNSET

El destino de Teresa se une al de Nicola, Bern y Tommaso una noche de verano que los ve bañarse a escondidas en la piscina de la casa de su abuela en Speziale (una aldea situada en Apulia, al sur de Italia), uniendo sus vidas para siempre con una especie de cordón que se hará más o menos grueso, pero que no llegará a romperse nunca.

Como ya sucedía en su primera novela, 'La soledad de los números primos', los personajes del libro se conocen siendo muy jóvenes, con todo lo que eso implica, curiosidad, deseo, sueños... una vida llena de posibilidades por delante, incluso la de conquistar el cielo. Los chicos viven en una hacienda a cargo de una persona religiosa que les instruye en ese sentido y les ayuda a construir su fe trabajando en el campo y creyendo en el abismo de los ideales; Teresa solo está de paso, ella es de Turín y cuando termine el verano regresará a

su casa, a la ciudad, a sus estudios, una vida algo cuadrada y bastante más simple. Sin embargo, la conexión entre Teresa y Bern es instantánea y demolidora, y por eso pasa el resto del año pensando en regresar a Apulia, a ese lugar casi místico del que ya no podrá desprenderse.

En 'Conquistar el cielo', la educación queda representada como una mano maestra que determina la forma que adquirirá la esencia de una persona. Bern, uno de los chicos, y el que conduce mayormente la vida de los demás y la trama principal, se pasa el libro buscando un proyecto grande que perseguir y en el que dejarse la piel (una hija, un reclamo ecologista...), siempre liderado por alguien y sin ser consciente de su propio papel de guía. Teresa entra a formar parte de esa persecución y en un momento dado decide abandonarla, pero sin poder dejar atrás todo lo aprehendido, que pasa a conformar parte de su existencia, de su esencia.

Escrito espléndidamente en primera persona a través de los ojos de Teresa mediante una prosa muy cuidada, en la que las palabras sí importan hasta el punto de definir el carácter de un personaje, Giordano construye un universo en el que el deseo y la realidad compiten por el premio final, una utopía a medida.



Para Teresa, volver a Turín es esto: "sus avenidas demasiado amplias, su cielo blanco y oprimente como una lona de plástico". FOTO: PUBLICDOMAINPICTURES.NET